

CORRESPONDENCIA FREUD-FERENCZI. ELMA.

252 Fer, del 14 de noviembre de 1911.

Supongo que se habrá dado cuenta hace mucho de que mis cartas se han hecho menos frecuentes y menos sustanciosas. Una vez incluso llegó a hacer una observación al respecto preguntándome si ya no nos teníamos nada que decir. Dejé el asunto sin arreglarlo bien, me rebelé contra la limpieza interior, y hoy por fin me he dado cuenta de muchas cosas debido a unas circunstancias conmovedoras (¿cuándo se acabarán de una vez para mí?). Parece que quise cometer un acto violento horrible. Descontento con el padre y la madre, ¡quise independizarme! Noté que usted interpretaba mi afecto como transferencia y que no quería (al parecer por consideraciones educativas, o tal vez porque añorara compartir sus pocos días de vacaciones con una persona *libre*, no infantil) darme demasiados motivos para esa transferencia. Esta era mi “impresión”, aunque conscientemente me parecía exagerada. La reacción a esa impresión fue la decisión de independizarme. (No quiero ser infantil, no quiero necesitar ningún confesor, quiero superar la curiosidad sexual, arreglármelas yo solo, etc.)

Como proceso paralelo, se produjo un aparente desprendimiento libidinoso de la Sra. Gisela. Este fue propiciado por la cura de su hija, que está en tratamiento conmigo y se encuentra en fase de transferencia. Pensaba en serio que le seguía fiel a la Sra. G. únicamente por piedad, y tenía fantasías de matrimonio con Elma. (Recidiva de un estado parecido ocurrido en la primavera.)

La conversación mantenida hoy con la Sra. G. (entre lágrimas *por mi parte*) me ha demostrado que tenía un concepto enormemente exagerado de mí mismo cuando me creí capaz de soltar los fuertes lazos de fijación a ella; identifiqué mi acentuado interés por criaturas jóvenes y bonitas en los últimos meses como maniobras tendentes a ocultar esta fijación. (Naturalmente, había también un componente *real*.)

Al mismo tiempo –después de un último paroxismo de afán de independencia de usted–, noté que con la misma urgencia necesitaba la amistad de usted e incluso su consejo paterno.

El resultado de todos estos sucesos es esta carta, que da cuenta de que no he llegado muy lejos con mi independencia. Pero quizá esta lección me enseñe a dominar mejor mi estado de ánimo y mis actos. Espero que aumenten también mis ganas de trabajar.

A esta carta Freud responde:

253 F, del 17 de noviembre de 1911.

Querido hijo:

Me solicita una respuesta expedita a su afectiva carta, y yo quisiera hoy trabajar un poco, además de estar colmado de buenas noticias, que le voy a referir más adelante. Por tanto seré breve y apenas diré nada nuevo. Sin duda, conozco sus “males de complejo” y admito de buen grado que preferiría un amigo independiente, pero si da tantos problemas le tendré que adoptar como hijo. No es necesario que sus luchas por la independencia pase por estas peripecias de rebelión y sumisión. Creo que padece también un poco del temor de complejos que enlaza con la mitología de los complejos de Jung. El hombre no debe exterminar sus complejos, sino reconciliarse con ellos, pues son los legítimos directores de su comportamiento en el mundo. (...)

Con saludo paternal. Suyo,

Freud

254 Fer, del 26 de noviembre de 1911

Querido profesor:

Su tratamiento paternal tuvo un efecto instantáneo. Me hizo reír a carcajadas. Por otra parte, me dio que pensar, y al fin tuve que darle la razón en todo. *Teóricamente* sabía muy bien que los “complejos” no se podían exterminar (en definitiva llevo años enseñándoselo a todos los pacientes), pero parece que *in praxi* he infringido esta regla de oro: quise ser otro diferente al que soy en realidad y quise que usted fuera diferente de cómo es. Reclamé obviamente una asimilación de nuestras personalidades: o usted es condescendiente conmigo o yo me tengo que elevar a su altura. Raras veces he sido lo suficientemente objetivo para ver que podíamos coexistir muy bien, alegrarnos el uno del otro, aunque renunciara a esa asimilación forzada; entonces se da y se toma gustosamente tanto como se quiera dar y tomar. Sé que esta conclusión no representa el fin de mi “lucha por la independencia”; pero quizá consiga quitarle el carácter de crisis a este proceso del desarrollo. En cualquier caso, le agradezco que esté dispuesto a desempeñar el papel de padre mientras lo necesite; tal vez pueda darle algún día la mano como hombre libre. (Dicho sea de paso, esta fantasía corresponde a mi observación de que *amigo* significa en sueños siempre *padre*, es decir, un padre que condesciende a mantener una relación de amistad con su hijo.) (...)

255 F, del 30 de noviembre de 1911.

Querido hijo:

(Hasta que usted me pida que deje de tratarlo así) (...)

Lo saludo cordialmente y lleno de comprensión por todas las complicaciones en las que se ve inmerso.

¡Mujeres, enemigos, deudas!

¡Ay! Ningún caballero se libra de ellos¹.

256 Fer, del 3 de diciembre de 1911

Querido profesor,

Todavía no tengo derecho a declararme adulto; la urgente necesidad de relatarle los sucesos que me conciernen personalmente es señal certera de la postura infantil. Ha bastado con que mencionara con una palabra su comprensión por mi difícil situación para que me ponga a contárselo todo.

Las cosas suceden más deprisa de lo que imaginaba. No he sabido conservar frente a Elma la fría superioridad del analista, de modo que mostré que propiciaron inevitablemente una suerte de acercamiento que transcendía la benevolencia del médico o del amigo paternal. Conozco y comparto su opinión sobre el carácter de Jano de los neuróticos, y precisamente esta convicción me ha fortalecido siempre cuando había que resistir a alguna tentación. Quizá, al fin, mi juicio se ofuscará por la pasión –al menos no descubro en el carácter de Elma nada que me hubiera disuadido interiormente del acercamiento-. Mi situación se ve aliviada –y agravada- por el tratamiento insuperablemente amable, permanentemente complaciente y cariñoso que me dispensa la Sra. G., que está enterada de todo. Le guardo los sentimientos más tiernos, y me da muchísima pena.

Ella sabe que le escribo y le pide a través de mí que me apremie a tomar una decisión.

Desde el punto de vista analítico, debo interpretar el asunto en el sentido de que Elma se volvió especialmente peligrosa para mí cuando –tras el suicidio de ese joven- necesitaba urgentemente a alguien que la apoyara y la **ayudara** en su dolorosa situación. Yo lo hacía demasiado bien, aunque a veces me esforzara en moderar mi ternura. Pero la brecha estaba abierta, y ahora parece que entra victoriosamente en mi corazón.

¹ Verso final de la balada de Goethe *Ritter Kurts Brautfahrt* (1804)

Usted me conoce, conoce mi deseo de tener una familia, conoce también a la Sra. G., sus virtudes y su único defecto², así como el punto débil de mi organismo (albuminuria). Quizá pueda darme algún consejo que me ayude en la lucha de la decisión.

¡Muchas gracias por su comprensión!

Suyo afectísimo

Ferenczi

² Ferenczi “temía que en caso de un parto, la mujer [Gizella] pudiera sufrir daño a causa del estrechamiento del útero”